

Andalucía: Identidad cultural, multiculturalismo y cambio social

**Manuel Ángel Vázquez
Medel**

*Prof. Titular de la
Universidad de Sevilla*

*Dpto. Comunicación
Audiovisual y Literatura*

Importancia del actual debate sobre la identidad

La reflexión sobre la identidad cultural de los pueblos y colectivos sociales se encuentra en el corazón mismo del debate sobre el futuro. En este momento de transformaciones profundas, quizás el más radical que hemos conocido los seres humanos (hablamos de una tercera "revolución tecnológica y comunicacional", de mayor alcance que las revoluciones neolítica e industrial precedentes), "la oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestras vidas" (M. Castells, 1998: 23). Hemos de procurar, pues, que el debate sobre la identidad de Andalucía no se esterilice a causa de los prejuicios, generalizaciones e imperativos etnocéntricos que encontramos –con más frecuencia de lo deseable– no sólo en las diversas formas de diálogo social y mediático, sino incluso en aportaciones "académicas" con voluntad de rigor científico.

Manuel Castells, autor de la obra más importante sobre *La era de la información*, ha denominado *El poder de la identidad* al segundo volumen de su trilogía, y en él establece claves de extraordinario interés para una reflexión rigurosa sobre las diversas manifestaciones de identidad (de género, religiosa, nacional, étnica, territorial, sociobiológica) que interactúan con el proceso de globalización introducido por las tecnologías y las instituciones de un estado en crisis: "Junto con la revolución tecnológica, la transformación del capitalismo y la desaparición del estatismo, en el último cuarto de siglo hemos experimentado una marejada de vigorosas expresiones de identidad colectiva que desafían la globalización y el cosmopolitismo en nombre de la singularidad cultural y del control de la gente sobre sus vidas y entornos. Estas expresiones son múltiples, están muy diversificadas y siguen los contornos de cada cultura y de las fuentes históricas de la formación de cada identidad. Incluyen los movimientos proactivos que pretenden transformar las relaciones humanas en su



Jean La Riviere

La potenciación efectiva (y no sólo las meras intenciones carentes de acciones eficaces) de la tolerancia y el multiculturalismo en el escenario actual parece un objetivo prioritario de una acción cultural abierta que contemple con ilusión y compromiso las apuestas de futuro.

nivel más fundamental, como el feminismo y el ecologismo, pero también todo un conjunto de movimientos reactivos que construyen trincheras en nombre de Dios, la nación, la etnia, la familia, la localidad, esto es, categorías fundamentales de la existencia milenaria, ahora amenazadas bajo el salto combinado y contradictorio de las fuerzas tecnocómicas y los movimientos sociales transformadores" (M. Castells, 1998: 24).

Por identidad entiende "el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido" (M. Castells, 1998: 28). Aquí se utiliza sentido como "la identificación simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción". Las identidades organizan el sentido, en tanto que los roles organizan las funciones sociales.

Berger y Luckmann han analizado el problema de la crisis de sentido que ha introducido el proceso de modernización, y los conflictos de identidad que puede plantear un hecho en principio positivo como el pluralismo, no siempre fácilmente realizable. Ante el derrumbe de las instituciones sociales que conservaban, transmitían y garantizaban el sentido, ante la imposibilidad de un orden de valores único y de aplicación general, se hace imprescindible lo que ellos llaman *el sistema inmunológico de las sociedades intermedias*: "Sólo si las instituciones intermedias garantizan que los patrones subjetivos de experiencia y acción de los individuos contribuyen a la negociación y objetivación social del sentido, los individuos no se sentirán como completos extraños en el mundo moderno, y sólo entonces será posible evitar que la identidad de la persona individual y la coherencia intersubjetiva de la sociedad se vean amenazadas o incluso destruidas por una modernidad acosada por la crisis" (1997: 125).

Todas las identidades son construidas; esta construcción se da en un contexto marcado por relaciones de poder. Castells (1998: 29-30) distingue tres formas y orígenes en la construcción de la identidad:

- **Identidad legitimadora:** "introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales". Las identidades legitimadoras generan una sociedad civil con sus instituciones.



Ceferino López

- **Identidad de resistencia:** "generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad. La identidad para la resistencia conduce a la formación de comunidades que, en ocasiones, ponen en marcha mecanismo de "exclusión de los excluidos por los excluidos".
- **Identidad proyecto:** "cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social". La identidad *proyecto* produce sujetos, en-

tendidos como el actor social colectivo mediante el cual los individuos alcanzan el sentido global de su experiencia.

Por todo ello es muy difícil hablar de una identidad; menos aún de una sola conciencia de identidad. Existen en un mismo espacio y en el mismo momento formulaciones y propuestas distintas, con propósitos muy diferentes. Los diferentes tipos de identidad coexisten más o menos en confrontación, sin que pueda decirse que un tipo u otro de identidad sea mejor o más positivo que otros. De hecho, las identidades de resistencia, por ejemplo, pueden articularse como identidades-proyecto, y sin duda aspiran a lograr sus objetivos y, por tanto, convertirse en identidades legitimadoras.

Este mismo proceso de reflexión en el que nos encontramos (El Foro Andalucía Siglo XXI) ha sido promovido desde las instituciones de la sociedad civil. Quienes tienen la función y responsabilidad democrática de *legitimar* en Andalucía determinadas pautas o comportamientos sociales han estimado que era positivo abrir un debate sobre identidad, multiculturalismo y proyectos de futuro. En él han dado entrada incluso a quienes podemos participar de formas de *identidad de resistencia*, a fin de articu-



Max Pam

lar una *identidad proyecto* (o varias). No cabe duda de que, al actuar así, al promover desde las estructuras consolidadas social y políticamente un debate de estas características, la *identidad legitimadora* se fortalece. De ahí el temor de algunos a que este fortalecimiento, que no excluye por cierto la transformación y el cambio, pueda beneficiar no sólo a las instituciones, sino a quienes coyunturalmente las gestionan, sean partidos o personas. De ahí, también, el miedo de quienes defienden formas identitarias de resistencia a debilitarse si aceptan un juego que, de alguna manera, les integra.

Parece indudable, pese a todo, que es positivo el solo hecho de considerar la identidad (o las identidades) de Andalucía como algo vivo, cambiante, que puede y debe afrontar el futuro con reflexión y con decisión, aunque en muchos casos ni siquiera podamos alcanzar consensos, dada la disparidad de enfoques e intereses.

Algunos supuestos previos para un debate constructivo sobre la identidad de Andalucía

La vivencia que cada individuo o colectivo hace de la realidad de "Andalucía" está cualificada por factores socioeconómicos, ideológicos e históricos. El signifi- cante "Andalucía" ha recibido y recibe, por parte de diferentes colectivos, contenidos y significados diversos, así como interpretaciones y valoraciones distintas. Se trata de contenidos, interpretaciones y valores no sólo teóricos o especulativos, sino que se proyectan sobre la praxis social y política e influyen sobre el decurso de los acontecimientos. Conviene no olvidar, en cualquier caso, que "lo andaluz" es una sobredeterminación (sea considerada real o simbólicamente, y más allá del contenido que se le dé) de nuestra identidad humana.

La pretensión de que el contenido o significado, o incluso el pretendido referente "real" de Andalucía sea uno y único, el "nuestro", por oposición a cualesquiera otras opciones o matices, y circunscrito a un canon o sistema de valores, cualifica formas de pensamiento dogmático y excluyente (seamos o no conscientes de ello). Tal vez las primeras manifestaciones de apertura a la interculturalidad y de tolerancia deban partir del reconocimiento de que existen diferentes formas de ver, entender y vivir la realidad de Andalucía.

La pretensión de que los rasgos o cualidades atribuíbles a la "realidad" de Andalucía han sido constantes e inmutables en el espacio considerado como "andaluz" y a lo largo del tiempo constituye la expresión de visiones idealistas y esencialistas (metafísicas y ahistóricas). Lleva consigo la obsesión de un conservadurismo o inmovilismo, que nada tiene que ver con la voluntad de conservar objetos, relaciones, costumbres, ritos, etc., integrados en cada momento en un nuevo marco de relaciones sociales y culturales (conservacionismo).

Los planteamientos dogmáticos y excluyentes no sólo se adscriben a propuestas idealistas y esencialistas, sino que están presentes incluso en teorías sociales e históricas más o menos totalitarias, muchas veces invocadoras de un "objetivo" materialismo. Toda teoría (visión) sobre la realidad de Andalucía (y, en general, sobre cualquier realidad) es tributaria no sólo del objeto contemplado sino también de la perspectiva, instrumentos e intereses del observador. Toda teoría se elabora en una praxis de compromiso con una realidad prospectiva e ideal.

La voluntad de afrontar un análisis de la identidad de Andalucía desde una perspectiva no dogmática, no idealista (en su acepción más negativa) y no esencialista no supone, ni mucho menos, negar ciertas continuidades o rasgos comunes a lo largo del espacio o del tiempo. Sin embargo, ha de tener en consideración el peculiar momento desde el que nuestra reflexión se formula: la tercera gran revolución cualitativa de la vida del hombre sobre el planeta. Una revolución tecno-comunicacional que, como hemos señalado, replantea todos los sistemas identitarios y extien-



Krzysztof Pruszkowski

de el espacio de nuestra reflexión a un ámbito planetario desconocido hasta el momento presente.

La cuestión de la identidad se plantea en el ámbito complejo de las búsqueda de seguridades y garantías individuales o colectivas. Se trata, pues, de un territorio simbólico de seguridad frente al otro (frente a los otros que no disfrutan de la identidad) y frente a la mutabilidad y al cambio que rompe las continuidades de formas individuales o colectivas de plantearse la existencia.

Los contenidos de todo discurso sobre la identidad de Andalucía no sólo dicen algo acerca de Andalucía, sino que —como se ha indicado—manifiestan el peculiar punto de vista del enunciador, del productor del discurso. Quienes pretenden que los contenidos de su discurso son “objetivos”, esto es, que responden a la realidad o la idealidad de lo mejor para Andalucía, suelen participar de formas de pensamiento dogmático, idealista y esencialista. Ello no quiere decir que todas las opiniones o alternativas sean equidistantes: cada cual pone en juego un posicionamiento (emplazamiento) y una red de perspectivas e intereses que pueden ser perfectamente legítimos, y que suelen dirimirse en un marco de confrontación de poderes. También este mismo discurso está sujeto a idénticos condicionamientos y no pretende ser superador de otros discursos.

Andalucía forma parte de ecosistemas económicos, sociales, políticos y culturales en los que es esencial la sinergia entre tradición y modernidad, entre estabilidad y cambio, ruptura o mutación. El equilibrio (o desequilibrio) entre variables apunta a una profunda mutación en el sistema de valores.

Las tendencias generales del cambio social, económico, cultural y político, apuntan a un “estado de cosas”

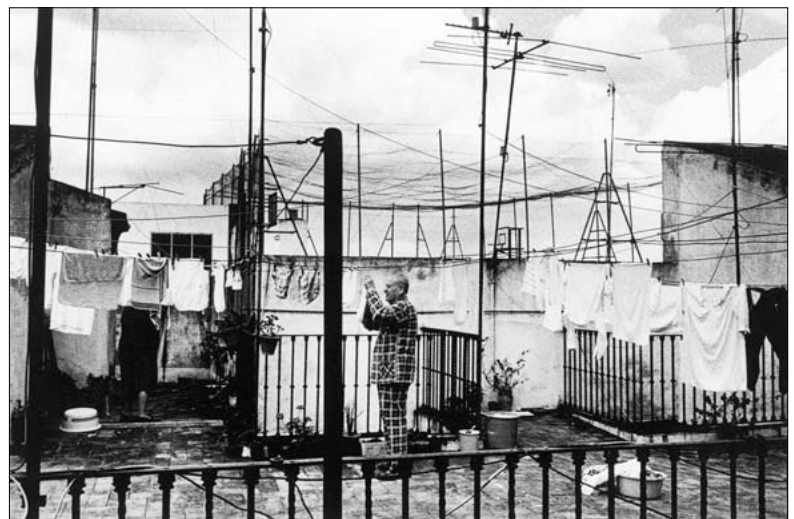
transitorio, con tendencias contradictorias y fuerzas emergentes cuyo reforzamiento (o debilitamiento) simbólico y factual determinará en gran medida el futuro. Por ello hoy es más importante que nunca la reflexión que debe guiar la acción política. Es necesario esbozar las diversas alternativas de acción que se nos presentan en cada momento y anticipar, en la medida de lo posible, las consecuencias de cada una de ellas. Sólo así podremos adoptar programas concretos y realistas con libertad y responsabilidad.

El campo cultural que delimita hoy estas líneas de fuerza, apunta hacia la complejidad, la heterogeneidad y diversidad, la coexistencia (hasta el límite de lo posible) armónica de propuestas mayoritarias y minoritarias, la creación de un ámbito multicultural. La tolerancia ocupa el centro del campo social como virtud imprescindible ante la imposibilidad de armonizaciones, acuerdos o consensos.

Claves para la formalización de un consenso (o disensiones) de partida

La Comunidad de Andalucía, en la actualidad, responde a un proyecto político de vertebración del Estado Español, en el marco más amplio de construcción de la Unión Europea (proyecto, por cierto, contestado por algunos). Su estratégica situación geopolítica explica muchos de los rasgos de su configuración cultural, tanto en el pasado como en el presente. El mayor o menor énfasis que pueda ponerse en cada uno de los términos Andalucía, España, Europa o, incluso, integración Planetaria, constituye un factor importante en las opciones político-culturales.

Como parte de Europa y de la civilización occidental, Andalucía participa del proceso de “retorno a Occidente” tras el remordimiento y la vergüenza de ser occidentales favorecido por la *Kulturkritik* (desconfianza por el carácter alienante del proceso tecnológico de modernización y por el etnocentrismo occidental). Pero —como afirma Gianni Vattimo (en M.A. Roque, 1997: 45)— “El Occidente al que volvemos no es una



José Muñoz

patria, una identidad densa caracterizada positivamente por una fe común, por un valor supremo compartido: si existe algo así sólo podemos encontrarlo en el propio pluralismo, el contenido de la idea de Occidente y la apertura, pero también podría decirse que del vacío; su lengua es la pluralidad de las lenguas, su valor es la posibilidad de dar vigencia a valores siempre diversos. Entre las demás culturas que poco a poco han conquistado una visibilidad y una identidad definidas, una vez liberadas del dominio colonial y del esquema evolutivo de nuestra historia, la especificidad de Occidente es la de no tener una identidad fuerte, de consumir la identidad, las pertenencias, los absolutos”.

Andalucía, política, económica y culturalmente se orienta en tres ejes geopolíticos y culturales distintos: Europa (fundamentalmente el ecosistema Mediterráneo), América Latina y África (especialmente el Magreb). Igualmente, conserva importantes vínculos con el Pueblo Judío. En su seno cuenta con una de las Comunidades Gitanas más importantes y activas del mundo. La reactivación, reforzamiento, o debilitamiento de tales vínculos son distintas opciones que ofrecerán distintas alternativas político-culturales.

Andalucía ha sido, y es, cruce y cauce de culturas. En su territorio, como en un crisol cultural, se han ido mezclando fecundamente modelos diversos de

La identidad cultural de Andalucía (entendida como aquello que la caracteriza frente a/ junto a otras colectividades culturales) puede definirse tendiendo a dos polos básicos: el del esencialismo (que entiende “lo andaluz” como una realidad viva a lo largo del tiempo y básicamente coincidente en distintas coyunturas) o el que considera el dinamismo histórico-social (que, aun aceptando ciertos rasgos hasta ahora recurrentes en distintos contextos histórico-políticos y socio-económicos, pone el énfasis en la cultura como sistema de respuestas a necesidades que cambian con el tiempo e incluso con las distintas zonas geográficas dentro de Andalucía).

La tendencia a considerar la identidad cultural de Andalucía como un conjunto de valores inmutables que es preciso conservar nos sitúa sobre el polo de la tradición, en tanto que su consideración como algo dinámico y cambiante, esencialmente histórico, nos plantea otros retos de modernización (a pesar de la crisis de la modernidad) en una coyuntura de cambio de civilización como no se había dado con anterioridad. La conservación de ciertas pautas culturales no es necesariamente excluyente de su redefinición en nuevos marcos vitales o con la incorporación de otras nuevas.

No es posible plantear el desarrollo cultural de Andalucía al margen de las grandes tendencias planetarias, ya que pertenecemos a un ámbito afectado por procesos de globalización de toda índole. Sin embargo, es necesario contestar la supuesta existencia de un modelo único de integración planetaria (el pensamiento “globalitario”) para rescatar el protagonismo de lo político, lo social y lo cultural a una posible nueva dictadura de lo económico.

En el marco del conflicto de civilizaciones, Andalucía, que está marcada por su vivencia de las tres grandes culturas (judía, cristiana, islámica) y su apertura a otras formas culturales, puede ofrecer un especial testimonio de solidaridad, responsabilidad, tolerancia y apertura. Todo ello —es preciso recordarlo— también comporta su precio: las sociedades abiertas y complejas son más frágiles que las cerradas y unitarias.

La existencia, en nuestro ámbito cultural, de formas de nacionalismos excluyentes es profundamente contradictoria con nuestras propias raíces culturales: Andalucía nunca ha necesitado, para afirmar lo propio, negar lo ajeno. Paradójicamente, siendo manifestaciones basadas en una constante lectura legitimadora del pasado (o más bien de ciertas épocas del pasado), son la evidencia de formas actuales de conformación identitaria.

Proponemos, como pauta de referencia (que ha de concretarse en el ámbito conflictivo de los hechos) para la construcción cultural de Andalucía, una cultura con raíces, una cultura sin fronteras. Entendemos que una cultura con raíces es la que, conectando con la vida pasada, no ignora las dimensiones materiales que modulan la respuesta del hombre ante las exigencias biológicas y sociales; que cultura sin



Ilan Gollif

organización humana, siguiendo dinámicas dominantes de superposición e hibridación más que de sustitución. Sin que hayan faltado momentos de confrontación, de imposición y de violencia, con la consiguiente aculturación, las pautas fundamentales de relación en el solar andaluz corresponden al talante pacífico de sus moradores a través del tiempo. Un valor que, evidentemente, puede ser subrayado como referencia, contestado u obviado.

Otros dos valores derivan de esta dinámica cultural: la tolerancia y el multiculturalismo. La potenciación efectiva (y no sólo las meras intenciones carentes de acciones eficaces) de dichos valores en el escenario actual parece un objetivo prioritario de una acción cultural abierta que contemple con ilusión y compromiso las apuestas de futuro.

fronteras es la que está abierta a otras expresiones culturales y a las transformaciones del futuro. Podríamos hacer nuestros los versos de Juan Ramón:

Raíces y alas. Pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen

Frente a otros modelos sistemáticos de cultura, la cultura andaluza es una cultura asistemática e irreductible a esquemas cerrados. Como campo de experiencias que se expresan, se repiten y se asimilan, la cultura andaluza funciona con un fuerte grado de ritualización que encierra un potencial simbólico extraordinario.

En la *Encuesta mundial de valores* (cf. J. Pino Artacho-E. Bericat, 1998), Andalucía ofrece algunos perfiles muy específicos que es interesante tener en cuenta para evaluar su cultura e intervenir sobre ella potenciando o debilitando determinadas dimensiones (según las diversas alternativas y proyectos políticos):

- a) La importancia concedida a la célula elemental de la sociabilidad, la familia, es muy fuerte en Andalucía (94,7 %), superior incluso a la elevada media de España en su conjunto (89,7 %). Sin embargo se trata ya de una visión abierta y dinámica de la familia con altas dosis de tolerancia ante el divorcio, el aborto o la libertad sexual.
- b) Los valores señalados como más importantes en el proceso de socialización son "los buenos modales, la tolerancia, la responsabilidad, el esfuerzo en el trabajo y la obediencia". Valores positivos pero que apuntan, en gran medida, al arquetipo de la sumisión.
- c) El líneas generales, la participación de los andaluces en grupos secundarios u organizaciones (Iglesia, asociaciones deportivas, artísticas o educativas, sindicatos partidos, asociaciones profesionales o benéficas, etc.) es muy inferior a la del conjunto de España. Ello avala la tesis de que "la sociedad civil es organizada y dirigida fundamentalmente por los grupos sociales de medio y alto estatus, grupos que encuentran en la estructuración organizacional de la sociedad civil modos universalistas de acción social".
- d) Los datos sobre creencias religiosas ponen de relieve la existencia de una fuerte espiritualidad en Andalucía (reflexión frecuente sobre el significado y objeto de la vida: 73,4 % frente al 70 % del conjunto de España; creencia en Dios, 90,5 % frente al 86,9 % de España), con una fuerte carga emocional y de gran permisividad, que se canaliza a través de cauces populares alternativos y no siempre se inscriben en el marco de instituciones "ortodoxas".
- e) Otro dato importante es el relativo a la conciencia de la identidad o "sentimiento andalucista": la identidad territorial de los andaluces (en 1ª + 2ª opción) ofrece las siguientes referencias de identificación:

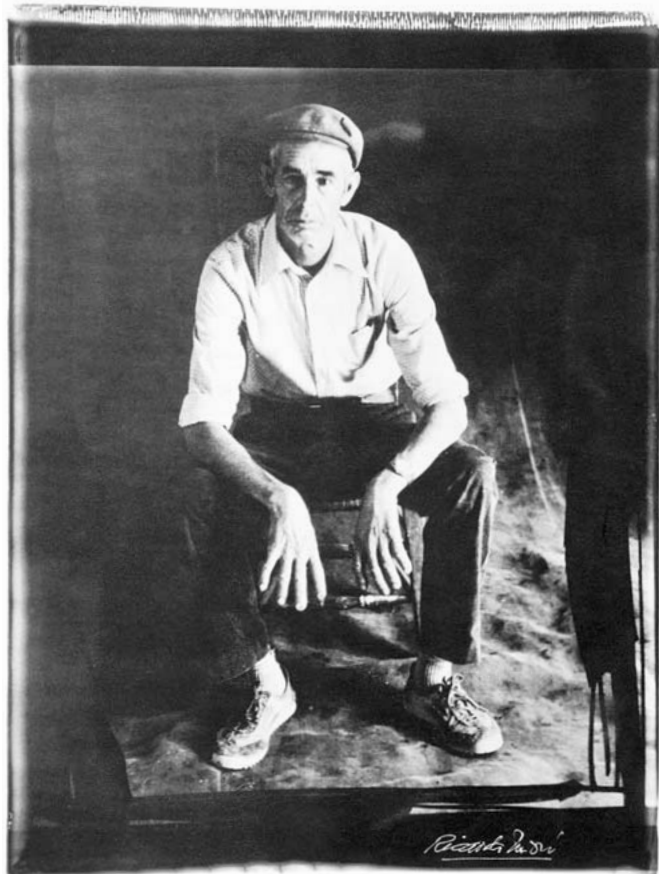
Localidad: 68,1 % (frente al 67,6 de E.)
 Andalucía: 75,2 % (frente al 50,7 de identificación con su C.A. en el resto de E.)
 España: 41,3 % (frente al 56,0 de E.)
 Europa: 3 % (frente al 8 de E.)
 El mundo entero: 9,8 % (frente al 11,3 de E.)
 El sentimiento de pertenencia e identidad comunitaria es del 60,6 % (frente al 43,2 de E.)
 El orgullo de sentirse andaluz alcanza a un 93,6% frente al 89,9 % que manifiestan orgullo de sentirse españoles.

La fuerte identidad local no es contradictoria con la identidad andaluza que, sin embargo, es más débil (sobre todo aparece en 2ª opción).

"En resumen, aproximadamente un 60 % de los andaluces presentan valores de identificación local, un 35 % presenta identificación prioritariamente regional y nacional, mientras un escaso 7 % muestra identidades personales de carácter supranacional. El universo de identificación personal de los andaluces está anclado fundamentalmente en el particularismo del territorio municipal".

Estos datos que pueden cambiar, y sin duda cambiarán, deben hacernos pensar, ya que la actuación institucional puede tender a la potenciación de lo local, lo regional o nacional, lo supranacional, etc.

Es en el seno de una comunidad con un fuerte sentimiento localista de pertenencia, escasa cohesión



Ricardo Martín

regional y poca identificación planetaria en el que ha de plantearse el reto del multiculturalismo y la globalización.

Corremos el riesgo de identificar como "andaluces" modos y formas de comportamiento o de manifestaciones sociales que tienen más que ver con un criterio socioeconómico y cultural que territorial. Desgraciadamente los estereotipos de "lo andaluz" fuera de Andalucía casi siempre apuntan a los niveles más bajos.

Hace tiempo insistí en la necesidad de evitar los reduccionismos geográficos, históricos y sociales en la consideración de la identidad de Andalucía (cf. M.A. Vázquez Medel, 1997).

La identidad ante el reto del multiculturalismo

La existencia (aún en gestación) de una sociedad-red en la que se están produciendo importantes cambios de territorialización (la nueva vivencia de los espacios, a través de su virtualización) y de relación entre lo público y lo privado, obliga a plantear conjuntamente la reflexión sobre la identidad que queremos consolidar, replantear o construir de nuevo y sobre los retos que suponen nuevos procesos migratorios y el contacto entre culturas.

La referencia a la multiculturalidad, al pluralismo, a la comunicación intercultural aparece cada vez con más frecuencia en todos los ámbitos. Sin embargo, raras veces se introducen los elementos necesarios para hacer fecunda la reflexión.

No basta con sostener genéricas declaraciones a favor de la relación entre culturas y comunidades. Hay que reconocer que estas relaciones son *siempre* conflictivas y que, sea cual sea la decisión que adoptemos, hay mecanismos de cohesión social que resultan afectados.

En Andalucía se está planteando desde hace tiempo este problema en relación con la comunidad gitana que posee elementos identitarios innegables (de base étnica y cultural). No siempre es fácil aceptar la diversidad, la diferencia, la pluralidad sin que existan elementos discriminadores. Por otra parte, tampoco es posible una consideración verdaderamente igualitaria sin afectar a ciertos rasgos diferenciales.

En general, existen tres grandes posibilidades (con muchas otras intermedias) de relación integradora (no nos referiremos a los comportamientos excluyentes) entre minorías y mayorías culturales (J. Garreta, 1987: 24ss):

a) El modelo de integración por asimilación, o modelo anglosajón, que supone, en cuanto a las pautas culturales, la pérdida de las propias de la minoría y la adquisición de las mayoritarias; suele producirse a partir de aquí una inserción igualita-

ria en la estructura social, que supondrá la pérdida de la propia identidad y la adquisición de una identidad nueva (la de la mayoría que acoge).

b) El modelo de fusión (*melting pot*), consistente en la creación de una nueva cultura a través de la hibridación de las culturas originales; ello supondrá, para todos, una inserción igualitaria en la nueva estructura creada y la aparición de una nueva identidad colectiva.

c) Pluralismo cultural, que supone la conservación de las pautas culturales de cada colectivo, inserción igualitaria en la estructura de la sociedad de adopción y la identidad dual de valores originarios y de la comunidad que nos acoge.

La defensa a ultranza de una identidad "fuerte" exige a quienes se incorporen a nuestro marco social el abandono de sus propias pautas de comportamiento. De no ser así, la identidad estará "amenazada" por cambios y "contaminaciones". Es evidente que esta apuesta de identidad es muy peligrosa y potencialmente xenófoba.

Lo cierto es que, si hay un valor más o menos constante (con notables excepciones) en la dinámica cultural de este ámbito territorial que conocemos como Andalucía ha sido, precisamente, el de la aceptación de lo que viene de fuera y su integración en una cultura constantemente en cambio, en evolución.

No hay soluciones perfectas para la relación entre culturas: es preciso reconocer que una verdadera igualdad de posibilidades exige también una cierta homogeneidad. Pero la total asimilación cultural implica la *aculturación*, la pérdida de los rasgos culturales de las minorías. La asimilación matrimonial, la existencia de matrimonios y parejas mixtas parece un objetivo deseable para evitar el racismo, pero hemos de ser conscientes (y sin duda habrá que asumirlo) de que conduce a la desaparición de identidades étnicas. Del mismo modo, no siempre es fácil respetar normas y reglas de conductas diversas (por ejemplo, ciertos rasgos de las "leyes gitanas") sin socavar los cimientos mismos del pacto social.

Lo que sí parece quedar claro es que, frente a una revolución industrial que ampliaba los límites de la fuerza física y de la intervención mecánica del hombre en el mundo, la nueva revolución tecnológica y comunicacional, que transforma el escenario y los vínculos humanos, es una revolución de la mente. Y es en el espacio de las mentes individuales y colectivas (objetivadas en los distintos discursos y manifestaciones sociales) en el que se librarán las batallas del futuro.

La que está ya en gestación es una revolución basada en el conocimiento y la tecnología. La mayor apuesta está, precisamente, en orientar usos y manifestaciones *humanos* de uno y de otra. Tal vez la nueva Bastilla, el nuevo Palacio de Invierno resida en

las mentes humanas, cada vez más conectadas en red. Andalucía también debe tomar posiciones en este nuevo territorio, tan virtual como real.

Conclusiones abiertas al debate

1. En el nuevo escenario de globalización mundial es preciso impulsar acciones culturales y educativas tendentes, por un lado, al mejor conocimiento de la historia y la cultura propias; por otro, a relativizar los valores de ella, en contraste con otras manifestaciones y conjuntos culturales (promoción de una identidad reflexiva y no excluyente y apertura al multiculturalismo).
2. Muy particularmente, se debe promover –a través del sistema educativo, de las redes culturales y de los medios de comunicación– la presentación positiva de los valores propios de colectivos diferenciales con los que existe una especial relación: la comunidad gitana, los colectivos magrebíes y latinoamericanos y otros pueblos del resto de Europa.
3. Al potenciar el contacto real y propiciar el mejor conocimiento de colectivos distintos se debe insistir en la práctica de la tolerancia como aceptación de aquello que nos es ajeno (frente a la xenofobia) y que no coincide con nuestro sistema de valores (frente al etnocentrismo).
4. La apuesta cultural no sólo es fundamental para rearticular la sociabilidad y los nuevos espacios de convivencia futura, sino que debe constituir una importante fuente para el desarrollo económico, potenciando la existencia de una industria cultural en contacto con las industrias del ocio y el turismo.
5. Desde nuestra perspectiva específica, la conservación e investigación del patrimonio histórico, monumental y cultural deben alcanzar una fuerte proyec-



TAFOS

ción social, a través de procesos de animación y difusión cultural. Se trata de propiciar un diálogo vivo y fecundo con nuestro pasado (y con el de otros pueblos) desde nuestra realidad presente.

6. Debe constituir, igualmente, un objetivo institucional prioritario la difusión de las manifestaciones culturales de Andalucía en el resto del mundo, contrastando internacionalmente –y con ello fortaleciendo de manera abierta y competitiva– tanto las expresiones culturales tradicionales como las emergentes.
7. En todos estos procesos, el protagonismo debe residir en una sociedad civil, plural y heterogénea, aunque las instituciones –que tanta importancia tienen en Andalucía– deben canalizar y potenciar (en el marco del mandato popular) aquellas acciones que mejor respondan a los criterios generales de fortalecimiento de una identidad abierta y dinámica, tolerante e intercultural.

Bibliografía

BERGER, PL.- LUCKMANN (1997): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Barcelona, Paidós.

BUENO, G. (1996): *El mito de la cultura*, Barcelona, Prensa Ibérica.

CASTELLS, M. (1987): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2: *El poder de la identidad*, Madrid, Alianza.

GARCÍA CASTAÑO, F.J. - GRANADOS MARTÍNEZ, A. (1997): *Educación: ¿Integración o exclusión de la diversidad cultural?*, Granada, Laboratorio de Estudios Culturales.

PINO ARTACHO, J. - BERICAT ALASTUEY, E. (1998): *Valores sociales en la cultura andaluza. Encuesta Mundial de Valores. Andalucía 1996*, Madrid, CIS/Siglo XXI.

ROQUE, M.A. (ed.) (1997): *Identidades y conflicto de valores. Diversidad y mutación social en el Mediterráneo*. Barcelona, Icaria.

VÁZQUEZ MEDEL, M.A. (1994): *La construcción cultural de Andalucía*, Sevilla, Alfar.